

La dedicación de un mes completo para la recordación del libro en el país concentra mi atención de estudioso en el libro en mi provincia y me decide a intentar una amplia síntesis sobre la materia, que titulo *El libro en San Juan*. El tema de suyo es atrayente, aunque no escapará a la posible impugnación de adolecer de alguna superficialidad por su amplísima extensión y por la ausencia en casi todas las bibliotecas públicas de muchas de las obras citadas; pero con el propósito de promover su conocimiento, precisamente, enderezamos la tarea apelando a viejos libros de mi biblioteca particular y a diversos apuntes extraídos desde antigua data de buenos repositorios de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza y Santiago de Chile.

Como el libro, la cátedra, el púlpito y la tribuna fueron en nuestro medio causa y efecto de la cultura, no me circunscribiré al libro propiamente sanjuanino por su autoría en hijos de la tierra o por su publicación en el lugar, donde la imprenta hizo su aparición probablemente en 1822, con Salvador María del Carril como ministro del teniente gobernador Pérez de Urdininea¹ o con absoluta seguridad en 1825, durante la gobernación del mismo del Carril. Por el contrario, ampliaremos el horizonte de nuestra temática al libro concebido por sanjuaninos o forasteros que, mostrando la geografía, la economía y el hombre sanjuaninos, dieron una imagen completa de San Juan desde la lejana época hispana hasta nuestros días, en publicaciones muchas veces efectuadas en otras partes y aun en lejanas prensas de Europa.

¹ MARGARITA MUGNOS DE ESCUDERO, *San Juan, historia de su cultura*. En: *Historia de la Nación Argentina*, vol. X, 2ª parte, cap. II.

Si al alemán Ulrico Schmidl, acompañante de Pedro de Mendoza y de Juan de Ayolas en su expedición al Nuevo Mundo, por su crónica *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)* se le concede el honor de ser autor del primer libro sobre el país, los cronistas trasandinos de la colonia Luis de Valdivia y Juan Pastor encabezan la nómina de los primeros autores en lo que hace a San Juan. Tres de los libros del padre Valdivia, impresos en Lima en 1607 en lengua allentiak-castellana, llegaron hasta nosotros a través de su reimpresión a toda plana y renglón en la *Colección de historiadores de Chile* del pasado siglo; se intitulan *Doctrina cristiana y catecismo en la lengua huarpe-allentiak que corre en la ciudad de San Juan de la Frontera*, *Confessionario breve en la lengua huarpe-allentiak que corre en la ciudad de San Juan de la Frontera*, y *Arte y gramática de la lengua huarpe-allentiak que corre en la ciudad de San Juan de la Frontera*. Los restantes volúmenes de Valdivia, dedicados a los huarpes-milkayac que moraban en Mendoza y hablaban una lengua completamente distinta a la de los de San Juan, han desaparecido de los archivos y pueden considerarse perdidos.

El padre Juan Pastor, superior de la residencia mendocina de la Compañía de Jesús, escribió a comienzos del siglo XVII un *Vocabulario de la lengua huarpe* y otros textos que, en opinión del historiador contemporáneo Guillermo Furlong, rescatan a través de la obra de Pedro Lozano los hechos relativos a los primeros lustros coloniales de Cuyo. El Padre Luis Santisteban compuso otro *Vocabulario*, y el igualmente ignaciano Andrés Febrés publicó en Lima, en 1875, *Arte y vocabulario de la lengua general del reino de Chile*, con traducción de muchas palabras huarpes. A través de esta última obra se conoce la etimología del nombre Cuyo. En araucano, *cuyum-puulli* significaría *tierra arenisca* ².

Sin embargo, fueron los cronistas trasandinos Ovalle, Rosales y Olivares, jesuitas, y Lizarraga, dominico, quienes captaron con asombrosa agudeza el cuadro de la región. Puede decirse que lo vieron todo a primera vista: el aborigen, la geografía, el clima, la agricultura. Alonso de Ovalle, verdadero precursor de los estudios geográficos, etnográficos y filológicos cuyanos, en su notable *Histórica relación del Reyno de Chile*, con edición príncipe en Roma, imprenta Cauallo, de

² Del autor, *Historia de San Juan*, t. I (*Epoca colonial*), cap. III, *Los aborígenes de Cuyo*, N^o 122.

1646, en dos capítulos dedicados a la *Provincia Oriental* o *de Cuyo*³, descubrió antes que nadie “las inmensas planicies grises y los intrincados cerros”, y reparó en “los calores excesivos, los rayos, los truenos y las chinches”, como factores adversos a la radicación del europeo en el lugar. Detúvose por igual en “las cosechas más abundantes y las frutas más sazonadas que en Chile a causa del mucho calor que las hace madurar mejor y más pronto”. A los huarpes comarcanos los captó “altos como varales, delgados, bien tallados y dispuestos, generalmente más velludos y barbados que los indios de Chile, aunque no se dejan crecer la barba, sino que se la rasuran como es su costumbre”. Sus mujeres eran agraciadas, y una muestra de la donosura femenina huarpe fue cierta carta de un superior de la residencia jesuita cuyana a la Casa del Paraguay, solicitando misioneros para adocctrinar a los naturales. En expresivos términos, la carta recomendaba que los padres que se enviasen no fuesen demasiado jóvenes, “por ser las indias comarcanas muy fermozas, e non sea que desvelados por la salvación de las almas, pierdan la propia”⁴.

Deslumbrado Ovalle por las ventajas que creyó descubrir aquende de la gran cordillera, añadía: “He visto que algunos en Santiago se van a casar a San Juan y Mendoza, y comienzan a asentar sus casas; ni puede ser menos, porque lo de Chile se va estrechando, de manera que no pueden tener todos en él la comodidad que desean y así es fuerza que salgan a buscar afuera”. Sarmiento hizo cumplida justicia a este jesuita ganado de corazón para nuestra provincia, y en *Recuerdos de Provincia*, consignó: “La idea que el jesuita Ovalle echaba a rodar en los reinos españoles sobre las bendiciones del suelo privilegiado de San Juan, es todavía, doscientos años después, un clamor sin eco, un deseo estéril, ¡pobre patria mía!”⁵ Por mi parte, propongo desde ahora que San Juan está en deuda con el padre Alonso de Ovalle, a quien ni una plaza ni una calle recuerda por su entusiasmo y pasión hacia esta provincia.

Diego de Rosales referirá años más tarde “el temple caluroso en verano y en extremo frío en invierno”, con “muchas sabandijas ponzoñosas, calidad de los temples muy cálidos, y víboras, aspides, zancudos, tábanos y moscardones que ayudan a exercitar la paciencia”,

³ ALONSO DE OVALLE, obra y edición citada, cap. VI, *De la Provincia Oriental* o *de Cuyo* y cap. VII, *De los indios de Cuyo*.

⁴ Noticia de monseñor Audino Rodríguez y Olmos, arzobispo de San Juan de Cuyo.

⁵ D. F. SARMIENTO, *Recuerdos de Provincia*, cap. *Los huarpes*.

con alusión a “los mosquitos llamados xexenes [jejenes] que pasan el pellejo de un toro”. Impresionado por las tormentas eléctricas que bajan a los valles, áureas olímpicas de la majestuosa altura, Rosales comentó: “Los granizos, las tempestadas y los rayos son tantos en esta tierra que es providencia de Dios particular que los rayos no den a los hombres, que de matar cada año uno, como son pocos, ya no hubiese quedado ninguno”⁶.

Recorriendo la travesía del norte de la provincia, esos cronistas llegaron a los vertederos naturales de Pismanta; “unos ojos de agua caliente, otros mucho más, y otros en grado sumo”. Rosales, cuyo relato confirma Olivares, refirió las suertes que los indios echaban en los baños de Pismanta, a fin de conocer si un enfermo había de sanar o morir pronto, en un cuadro figurativo de la pitonisa de Delfos; ambos contaron que los indios “echan una pinta o un patacón en el baño por donde revienta el agua a borbotones”, y que si a tales presentes “se los traga el baño y se hunden en las entrañas de la vena, es señal que sanará, porque el dueño del baño [el Espíritu] recibió la paga y queda obligado a darle la salud; y si no se hunde o lo echa afuera es infalible el haber de morir, porque el señor del baño no quiere recibir la paga porque sabe que no ha de poderlo sanar”⁷.

El cronista Nicolás del Techo, misionero de la provincia jesuítica del Paraguay, la cual antes de su separación de la de Chile incluyó a Cuyo, afirmó que los huarpes creían en los espíritus del bien y del mal, *Soychú* y *Valichú*; en una divinidad suprema llamada *Hunuc Huar*, y hasta en la persona del diablo como figura del mal⁸.

En las postrimerías del siglo XVIII, con el abate Manuel de Morales, sanjuanino, hijo de Domingo Morales Albornoz y de Petrona Godoy, fallecido en 1790 en Florencia, Italia, después de la expulsión de la Compañía de Jesús por Carlos III, se clausura el ciclo de los cronistas misioneros, cuyos escritos perseguían adoctrinar a los indios y promover su conversión al cristianismo, afianzando con el signo de la Cruz la obra conquistadora y civilizadora de España en el Nuevo

⁶ DIEGO DE ROSALES, *Historia general del reino de Chile. Flandes indiano*, t. I, libro II y t. II, cap. XXII.

⁷ DIEGO DE ROSALES, ob. cit., cap. XXII. MIGUEL DE OLIVARES, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*, cap. *Trátase del Colegio de Mendoza*. En: *Colección de historiadores de Chile*, t. VII, Santiago de Chile.

⁸ NICOLÁS DEL TECHO, *Historia de la Provincia del Paraguay*, t. IV, cap. XXVI, *De la entrada que se hizo a los indios de Cuyo y la muerte del padre Domingo González*.

Mundo. Morales, por el contrario, durante su obligado exilio redactó unas cartas tituladas *Observaciones sobre la cordillera de los Andes y las llanuras de Cuyo*, proponiéndose, con más intención científica que misional, mostrar a Europa las bondades de su tierra natal: la geografía, la flora y fauna autóctonas, la agricultura, la ganadería, la minería. Adosado ese excelente trabajo como un capítulo de una *Historia de Chile* del abate Juan Bautista Molina, con pie de imprenta en Bolonia, en 1776, y trasapelados los originales, fueron rescatados y publicados en nuestros días por un rastreo encarado por la Junta de Estudios Históricos de Mendoza.

Haciendo caso omiso de las falencias anotadas por los cronistas anteriores —los calores excesivos, los rayos, los truenos, las chinches, los jevenes—, Morales se aplicó a exaltar los dones de la prodigiosa agricultura natal. “Yo vi sembrar en un huerto de San Juan —afirma— unas pocas semillas de lino y puedo asegurar que lo vi nacer, crecer y levantarse tres tantos más de lo que veo se alzan aquí en la Italia de los linares.” De la uva refiere que es “de una dulzura y un gusto extraordinario, singularmente la del territorio de San Juan”, y comentó que el moscatel se da en sus dos variedades de racimo apretado y grano redondo y suelto y alargado. Del olivar y la aceituna, introducidos desde Chile, aquél con el nombre de *arauco* y rebautizada ésta *criolla* en la comarca, afirma que “en Cuyo parece haber hallado su propia patria”⁹.

Ya en el siglo XIX, llamado “de las luces”, la imprenta llegó a San Juan en 1822 o 1825, según dijimos con anterioridad. Sin considerar la minerva indígena construida por los jesuitas en las selvas vírgenes de las Misiones guaraníes, fue la quinta imprenta en el país; a continuación de Córdoba, que la tuvo en 1765, gracias a la Compañía de Jesús; de Buenos Aires, al trasladar el virrey Vértiz las prensas jesuíticas a la Casa de los Niños Espósitos, en 1780, y de Tucumán y Mendoza, en 1820. El libro sanjuanino propiamente dicho, sin embargo, permaneció inédito casi veinte años a la espera de un autor. Las primeras publicaciones fueron periodísticas: la *Carta de Mayo*, *El defensor de la Carta de Mayo*, con sólo dos números. El primer libro en la provincia fue *Condición social de las mujeres en el siglo XIX*, traducción del francés de Elena Rodríguez, pensionista del Colegio de Santa Rosa, en 1840; el segundo, la *Constitución nacional sancio-*

⁹ MANUEL DE MORALES, *Cartas de los jesuitas cuyanos*. En: *Fuente americana de la historia argentina*, carta 3ª, Junta de Estudios Históricos de Mendoza, 1940, p. 28, 29 y 46.

nada en Santa Fe, en 1853; el tercero, una *Novena a María Santísima del Rosario y las siete palabras*, en 1856; el cuarto, la Constitución provincial de este último año¹⁰.

Con Sarmiento, cuya producción literaria y política se realiza y edita en el exilio, bajo el cielo apacible de Chile, el libro se introduce propiamente en la provincia. Son los de su mejor edad: *Silabario*, en 1842; *Vida de Jesucristo*, *La conciencia de un niño*, *Mi defensa*, en 1843; *Educación popular*, en 1848; *Viajes*, en 1849; *Argirópolis*, en 1850. Y sobre todo los libros de su odio y de su amor, *Facundo o Civilización y barbarie*, con tres ediciones chilenas entre 1845 y 1851, y *Recuerdos de Provincia*, en 1850.

Sólo con los libros de Sarmiento se podría componer un estudio completo en orden a personajes, materias e ideas. Parejo al chasquido de sus sentencias inapelables, *educar al soberano, gobernar es educar*, aflora en todo su hondo amor por su Patria chica. "Mi San Juan", "mis sanjuaninos", "la manía de meter en todo a mi San Juan", afirma el gran viejo.

Corresponde por igual al siglo XIX un libro del agente consular británico Woodbine Parish, *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, traducción al español en dos pequeños volúmenes de la edición inglesa de 1851, con notas de Justo Maeso y pinceladas certeras sobre el gobierno de Salvador María del Carril y de la situación creada por la gran inundación del río en 1833, que arrasó a la ciudad; y el estudio del científico francés Martín de Moussy, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, en tres volúmenes impresos en París entre 1860 y 1864, en la imprenta Firmin Didot Freres. Dos juicios de Moussy, muy expresivos, merecen especial recuerdo:

Los sanjuaninos son robustos, laboriosos e inteligentes; aman la agricultura y el comercio, y el progreso será rápido en el momento que abandonen por completo las disputas estériles de la política local... Los soldados de San Juan se distinguen por su coraje y disciplina¹¹.

Rafael S. Igarzábal, cordobés radicado en San Juan, tiene dos libros sobre San Juan en la Exposición Nacional de Córdoba (uno es un informe al gobierno de la provincia y otro se titula *Geografía*

¹⁰ Del autor, *Retablo sanjuanino*, parte II, *La ciudad*, ediciones Peuser, Buenos Aires, 1955, p. 73.

¹¹ MARTÍN DE MOUSSY, ob. cit. en el texto, t. III, cap. XIV.

y *Estadística*), en 1871 y 1872; y Juan Llerena, puntano, escribe *Cuadros estadísticos de las provincias de Cuyo*, en 1866. Ambos autores aportaron valiosa información y estadísticas sobre la economía local de mediados del siglo XIX, sin que en ninguno faltase el enfoque sociológico y humanista.

Afirma Igarzábal: "En su misión de madre, la mujer llega al apogeo de la gloria y en San Juan sería notable que no lo abandonara todo por criar personalmente a sus hijos"; y agrega: "La sociedad sanjuanina es una democracia moderada y respetuosa que no admite preferencias para nadie y sólo excluye la falta de educación". El segundo, Llerena, consigna con embeleso poético:

El suelo y los cielos sanjuaninos son bellos, magníficos y simpáticos. Todo allí respira no sé qué de profundo, grande y solemne que subyuga, impone y cautiva, aun al espíritu más desprevenido y frívolo¹².

No nos detendremos en las obras de carácter general; por ejemplo, la de Mitre con su *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*; la de Adolfo Saldías con su *Historia de la Confederación Argentina*; la de Antonio Zinny con su *Historia de los Gobernadores de las provincias argentinas*; la de José Ignacio Garmendia con su *Recuerdos de la guerra del Paraguay*; la de Francisco Latzina con *Geographique de la Republique Argentine*, escrita en francés e impresa por Lajouane en Buenos Aires, todas con sus ediciones príncipes a fines del siglo pasado y capítulos propios sobre la historia y geografía locales. Haremos una única excepción con Mitre, el soldado poeta, fundador de la historiografía erudita nacional, quien, muy honrosamente para San Juan, afirma:

Los laureles frescos de Chacabuco y Maipo brotaron de entre las viñas de Cuyo¹³.

Con el libro *El doctor Rawson ante la tiranía*, que publicó Tadeo Rojo en Buenos Aires, en 1878, una *Biografía del doctor Guillermo Rawson* de Jacob Larrain, reimpressa en 1893, *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo* de Damián Hudson, obra clásica de la historiografía política cuyana, las poesías del doctor Segundino J. Navarro sobre las figuras procéricas de Oro, Sarmiento y Laprida, y

¹² RAFAEL S. IGARZÁBAL, obras citadas, y JUAN LLERENA, *Cuadros descriptivos de las tres provincias de Cuyo*. EN: *Revista de Buenos Aires*, t. X, año 1866.

¹³ B. MITRE, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, t. I, cap. VI, *San Martín en Cuyo*, Ediciones La Nación, Buenos Aires, 1887.

las obras polémicas del doctor Benjamín Sánchez, *Filosofía de la historia* y *Silbidos de tierra adentro*, en 1897, los dos últimos autores, paladines de la cultura, del civismo y de la libertad, se clausura la época del libro sanjuanino del siglo pasado.

El siglo XX despunta con los libros de Nicanor Larrain, sanjuanino, *El país de Cuyo*, anotado por Pedro P. Calderón en la imprenta Alsina de Buenos Aires, en 1906, y de Pedro I. Caraffa, su comprovinciano, con dos tomitos titulados *Hombres notables de Cuyo*, de la imprenta Sesé de La Plata, en 1908 y 1910. Larrain y Caraffa, con el ya nombrado Damián Hudson del fin de la centuria anterior, nutrieron con exclusividad durante mucho tiempo la historiografía política local, en una etapa en que la disciplina histórica poco reparaba en las fuentes o rastro escrito, y el documento, por desconocido, permanecía olvidado en archivos oficiales y privados.

Los libros de Pedro Echagüe, ese romántico y aventurero soldado del general Lavalle que llegó a San Juan en los días de Sarmiento, y aquí arraigó, *Memorias y tradiciones* y *Elvira o el temple de alma de una sanjuanina*, reeditado el segundo como una novela de fondo dramático, con el nombre de *La Rinconada*, aunque originarios del pasado siglo, vieron la luz en 1922 y 1924. Lo mismo ocurrió con el *Sarmiento anecdótico* de Agustín Belin Sarmiento, nieto del gran maestro, cuya versión definitiva en castellano salió de la imprenta de Saint-Cloud, Francia, sólo en 1929.

En el corriente siglo le suceden incontables libros más, escritos por sanjuaninos, hombres del litoral y chilenos. Son trabajos interesantes de literatura, historia, arqueología, economía, ensayo, poesía. Sin proponernos efectuar una clasificación científica exacta, ni siquiera cronológica, citaremos entre los autores ya desaparecidos a varios que recordamos y hemos logrado ubicar. En derecho y legislación: Salvador A. Doncel, con *La sociedad de responsabilidad limitada*, en 1924; Octavio Gil, con *Autonomía provincial*, en 1928; Graciano Reca, con *La inmovilidad de los jueces y el poder judicial de las provincias frente a la intervención federal*, en 1933; Henoch D. Aguiar, catedrático de la Universidad de Córdoba, sanjuanino, con sus libros clásicos *Hechos y actos jurídicos* y *La voluntad jurídica*, editados en imprentas de Córdoba, en 1936; Emiliano Oliva, con *Estructura institucional argentina a través del Facundo*, en 1946; Sebastián E. Alvo, con *Prenda sin desplazamiento de la tenencia*, en 1953; Juan Luis Alvarado y Cristóbal Carvajal Moreno, con *Defensa de la Cavic ante la Suprema Corte*, en 1967.

En arqueología, etnografía y lingüística: Adán Quiroga, sanjuanino radicado en Catamarca, con su *Calchaquí*, prologado por Leopoldo Lugones, en 1923; Pablo Cabrera, sacerdote sanjuanino, con *Los aborígenes del país de Cuyo*, salido de imprentas de Córdoba, en 1929; Desiderio Aguiar y Pedro Pascual Ramírez, trabados en ardorosa polémica en sus respectivos libros, *Huarpes*, del primero, en 1934, y *Los huarpes, etimología de las palabras usadas por el pueblo*, en 1938; y *Evolución de la historia geográfica de San Juan*, con edición póstuma en 1963, del segundo; Rogelio Díaz López y Rogelio Díaz Costa, con *Toponimia geográfica de la provincia de San Juan*, de la imprenta Best de Mendoza, en 1939, tantas veces utilizado después por los estudiosos sin mención de la fuente.

En campo de la turbulenta y hasta violenta política lugareña: Antón Caballero, con *La redención de un pueblo*, relato apologético de la revolución encabezada por el coronel Carlos Sarmiento y el partido popular contra don Manuel José Godoy, en 1909; un *Libro Blanco*, dado a luz por el gobierno del doctor Amable Jones para justificar su enfrentamiento con el Poder Judicial, en 1920; Alfredo Monla Figueroa, *El asesinato del gobernador Jones*, en 1921; Sergio W. Bates, *La muerte de Jones*, realizado en la imprenta local del *Debates*, en 1922; Aquiles Damianovich, *El crimen y el poder o la lucha por la vicepresidencia y el asesinato de Jones*, en 1922; José P. Barreiro, *La provincia de San Juan y su transformación política y social*, de prensas locales, en 1928; Federico Cantoni, con su *Yo acuso, proceso al personalismo irigoyenista*, en 1929; Federico Cantoni y Carlos R. Porto, con *Yrigoyen, proceso a su gobierno y los diplomas de San Juan*, de la imprenta Atilio Moro de Buenos Aires, en 1929; P. José Gallardo, con *Definición doctrinaria del bloquismo sanjuanino*, editado en Rosario, en 1932.

En filosofía, teología y moral, monseñor Audino Rodríguez y Olmos, con *Nuestras razones*, impreso en Córdoba en 1922, *Nuestros deberes* y *Nuestros dogmas*, editados en Buenos Aires en 1945 y 1958; y *El Problema educacional*, colección de conferencias pronunciadas en el Sindicato Católico de Maestros, en 1952. Asimismo, monseñor Ildefonso María Sansierra, con *Lecciones de teología moral*, con pie de imprenta en Montevideo, en 1944; *De quiescentia juris vigenti canonica disciplina*, publicado en latín por la Universidad Gregoriana de Roma, en 1941, y *Para que seáis apóstoles*, que vio la luz en Montevideo, en 1944.

En geografía, climatología, agricultura, irrigación, vitivinicultura, ingeniería y urbanismo: Juan F. Moscarda, con *Guía geográfica militar de la provincia de San Juan*, de la III División del Estado Mayor del Ejército, publicado por el Instituto Geográfico Militar en 1902; *Geografía de la provincia de San Juan*, publicado por el gobierno del coronel Carlos Sarmiento sobre la base del segundo censo general de la provincia, en prensas de Alsina en Buenos Aires, en 1910; Ventura Lloveras, con *El agua en la provincia de San Juan*, en 1930, reimpresso en 1971, y *El viento Zonda*, en 1939; Manuel Gregorio Quiroga, con *Temas de irrigación*, en 1920, y *Temas de hidráulica práctica sobre el régimen del río San Juan*, en 1928; Augusto Landa, con *Irrigación y vialidad durante la gobernación de Sarmiento*, de la imprenta local Richard, en 1938; Luis Castro Bustos, con *Justo Castro, gobernador de San Juan y su influencia en el desenvolvimiento de la vitivinicultura en el país*, con prólogo de Emilio Ravignani, en 1939; Antonio Carelli, médico sanjuanino, con *Historia de la medicina en la provincia de San Juan*, en prensas locales, en 1944; Juan S. Maurín Navarro, con *Introducción a la higiene social de Cuyo*, con prólogo de Gregorio Aráoz Alfaro, en 1945; José M. F. Pastor, con *San Juan, piedra de toque del planeamiento nacional*, edición Arte y Técnica de Buenos Aires, en 1945; Alfredo Melli, con *Embalse de Punta Negra*, en 1948; Guillermo Renato Aubone, con *Organización de la enseñanza agrícola*, con prólogo de Cosme Massini Ezcurra, en 1948.

En la historiografía y literatura la nómina es extensísima. Agustín V. Gnecco, con *La Comisión Pro-Monumento a los guerreros del Paraguay y El contingente de San Juan antes de la marcha y desde el campamento*, realizados en la imprenta local de Rodolfo Koch, en 1906; Víctor Rodríguez, con *Apuntes biográficos sobre la vida del brigadier general Nazario Benavídez*, impreso en el *Avisador Mercantil* de Buenos Aires, en 1910; *Primer centenario del natalicio de Domingo F. Sarmiento*, volumen presentado por el Primer Congreso Pedagógico de Instrucción Primaria, realizado en Talleres Gráficos Guillermo Kraft de Buenos Aires, en 1912; María Merlo de Bustos, con *Comprobaciones históricas a propósito de Aberastain y la Rinconada*, en 1923; José Chirapozu, oriental arraigado en San Juan, con *Pedro Echagüe*, en 1921, y *Páginas sanjuaninas*, precedido de un inspirado prólogo del doctor Narciso S. Mallea, en 1924; Pablo Cabrera, mencionado ya por sus investigaciones etnológicas y lingüísticas, con *Cul-*

tura y beneficencia durante la colonia, impreso en Córdoba en 1929; José Aníbal Verdaguer, mendocino, inspirado en su iniciativa por el obispo monseñor Orzali, dio formas a su monumental *Historia eclesiástica de Cuyo*, en dos volúmenes editados en Milán, en 1931 y 1932; Augusto Landa, con *José Ignacio de la Roza, teniente gobernador de San Juan*, dos volúmenes documentales publicados en 1940, y *San Juan en la epopeya sanmartiniana, rectificaciones*, imprenta Uribe Yanzón, en 1941; Oscar Briones Arias, con *Las sociedades literarias en los destinos de la cultura*, imprenta local Fénix, en 1940; Miguel Martos, con *La difunta Correa*, obra póstuma del autor en prensas de Ceylán en 1948, con prólogo de Luis J. Bates, llevado al cine en una bella versión con libreto de Lucy Campbell y dirección de Reinaldo Mattar; Julia Ottolenghi, con su copiosa producción sarmientina, dentro de la que sobresalen *Sarmiento a través de un epistolario*, en 1939, *Itinerario espiritual de Sarmiento*, en 1941, *Vida y obra de Sarmiento en síntesis cronológica*, con sello editorial de Kapeluzs, en 1950, y *Horas sin fin*, colección de cuentos y reminiscencias, en 1947; Octavio Gil, con *Tradiciones sanjuaninas*, ediciones Peuser, en 1948, y *El país y sus hombres: Anacleto Gil, su vida, su obra, su época*, de Peuser también, en 1951; Alfonso G. Hernández, canónigo natural de Jáchal, con *Acha y la invasión unitaria a San Juan*, de 1941, acogido en páginas de la revista de la Junta de Historia de la Provincia en 1951; Juan S. Maurín Navarro, en colaboración con su esposa, con *Segundino J. Navarro, su época, su vida, sus obras*, en 1952; Josefa E. Jorba, con *IV Centenario de San Juan*, ediciones Cactus, Buenos Aires, 1962; Julio Ares, con apoyo de la Comisión de Homenaje al cuarto centenario de la fundación de San Juan, publica *Manual de San Juan (1562-1962)*, con pinceladas sobre la tierra, el hombre, la cultura, la economía y el turismo, en 1962; Victorina Navarro de Maurín, con prólogo de Margarita Mugnos de Escudero y el auspicio del Ateneo Femenino Paula Albarracín de Sarmiento, publica *Páginas evocativas*, en 1963; Ricardo Azócar, con *La Patria tiene un destino*, prologado por Leonardo Castellani, en 1955; Eugenio Carte, con *Salvador María del Carril, patriarca de la república*, editado por la Sociedad Franklin Biblioteca Popular, en 1958; Audino Rodríguez y Olmos, arzobispo de San Juan, mencionado ya por su producción en filosofía, teología y moral, con *Héroes sin fama*, ensayo que sobre la base de un manuscrito de fines del siglo XVI del padre Fariña, extraviado definitivamente, revive la leyenda heroica del cacique Pismanta, con pie de imprenta en Buenos Aires,

en 1960; Ildefonso María Sansierra, recientemente desaparecido diocesano, con *Manos en el arte*, en 1959, *Páginas olvidadas o un diario de viaje en avión de América a Europa*, concebido trece años más tarde, en 1963, y *Salmos a tierra de huarpes*, con prólogo de Luis J. Bates y delicadas acuarelas de Virginia Orantes de Aguilar, en 1978, estrenado a fines del año en el Auditorio como un poema coral, *Pismanta y su raza*, del maestro Enrique Albano; Rogelio Díaz Costa, recordado ya por su dedicación a la etnología y lingüística aborígen, en colaboración con su padre, con *Nosotros los sanjuaninos*, su obra póstuma que me concedió el honor de prologar, publicada por Editorial Sanjuanina en 1972; C. Efraín Ramírez, con *Gobernadores de San Juan*, esquema histórico que vio la luz en 1974, poco antes de la muerte de su autor.

Capítulo propio en las letras sanjuaninas de la centuria, que dan lauros a la literatura nacional, merecen dos comprovincianos distinguidos: Juan Pablo Echagüe y Juan Rómulo Fernández. El acreditado *Jean-Paul* de los estrados académicos de la historia y las letras, en sus libros trabajados con la fineza de una verdadera artesanía, aporta la riqueza idiomática y la vivacidad de los mejores escritos de Sarmiento; dentro de su variada producción: *Paisajes y figuras de San Juan*, en 1933; *De la historia y de las letras*, en 1935; *Tres estampas de mi tierra*, en 1936; *Tradiciones, leyendas y cuentos*, en 1944; *Hechizo en la montaña*, en 1945; *Por donde corre el Zonda y Mi tierra y mi casa*, en 1940 y 1948. Son los salidos de la pluma de Echagüe verdaderos poemas en prosa, que lo consagran, incuestionadamente, un maestro de la literatura nacional. Siguele de cerca Juan Rómulo Fernández, periodista, ensayista e historiador. Su producción encierra: *Serranía, tradiciones y relatos cuyanos*, en 1930; *El valle de Tulún*, en 1934; *Sarmiento, semblanza e iconografía*, en 1938; *Hombres de acción*, en 1940; *Aberastain y las provincias y Estructuración espiritual de Sarmiento*, ambos en 1953, aparte de sus capítulos *San Juan (1810-1862)* y *San Juan (1862-1930)*, en 1947 y 1967, en la monumental *Historia de la Nación Argentina* publicada por la máxima corporación académica de historiografía en la República.

No podría omitirse en este vistazo a la disciplina histórica en el siglo XX la incursión que en lo nuestro representa la meritoria obra de Juan Luis Espejo, chileno, *La provincia de Cuyo del reino de Chile*, con sello editorial del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, en dos tomos que vieron la luz en Santiago, en 1954. Reali-

zando un minucioso rastreo documental sobre las tres provincias cuyanas, a través de oficios, edictos, circulares y sentencias de sus cabildos y regimientos, obrantes en los archivos de la Audiencia de Chile, desde remotos años de su población hasta los de su separación de la Capitanía, el prolijo investigador trasandino saca a la luz pintorescos episodios de aquella casi desconocida primera época de la sociedad colonial.

Dando un rotundo mentís a la creencia de que San Juan no es jardín apto para la poesía, ya que en el pasado no dio poetas ni versificadores, un exuberante vergel se da desde comienzos del corriente siglo, cultivado por el estro inspirado de estudiantes, maestros, profesionales, dirigentes de empresa y personas del trabajo, hombres y mujeres. A pesar de que en esta nota sobre el libro en San Juan nos concretamos a los autores desaparecidos, porque ya traspusieron el umbral de la terrena existencia, la mención de sólo cinco de esos grandes ausentes nos permite dimensionar el vasto campo poético. Julia Ottolenghi, cronológicamente la primera, procedente de vieja cepa materna sanjuanina, con *Pequeños poemas sin nombre*, prosa que es una poesía pura y sensitiva, con su primera edición en 1937 y una segunda en 1947, ilustrado por la fiel interpretación de Juan Carlos Ure Aldao. A continuación, Eusebio Dojorti, conocido popularmente por su nombre literario *Buenaventura Luna*, oriundo de Huaco, que si bien no ha dejado un solo libro, la paciente labor de Mercedes Gallardo Valdez y Elba Peluso de Grossi rescatan su obra y conmueve el corazón con la letra de su *Molino de Huaco*:

A tu viejo molino quiero volver,
hoy que de amarga vida probé la hiel.

Carlos Guido Escudero, arrancado de la vida a la temprana edad de 23 años, se manifiesta poeta vernáculo de vena trágica en su poema *Después de San Juan caído*, concebido en 1944 a siete meses del gran cataclismo. Su único libro, *Poemas*, circulado por la Dirección General de Cultura en 1960, lo había consagrado un promisorio capullo, helado antes de abrir sus pétalos.

Luis J. Bates tampoco reunió sus composiciones en un volumen, deuda que todavía pesa sobre la comisión de homenaje a su memoria. En una sola de sus cotidianas morisquetas y musarañas periodísticas, que superaron ampliamente la chispeante gracia del conocido Amador Cordero de Austria, forastero, quien en las primeras décadas del siglo

dejó, bajo el seudónimo de Salustio Napia y Mazarino, *Corcovos de la idea*, el poeta Bates definió su espiritualidad: ¡*Me quedaré en San Juan!*

¡Es en vano! Magüer tus estertores,
potro salvaje, tierra embravecida,
no lograrás desarraigar mi vida
del valle de mis sueños y mayores.

¡Me quedaré en San Juan! Algo más fuerte
que el temor de perder lo reunido
en un esguince certero de la muerte,
me está atando a la tierra en que he nacido!¹⁴

Antonio de la Torre, nativo por alma y elección, ya en prosa ya en verso es, en todo momento, el poeta universal y de la tierra, con *Gleba*, poemas del agro comarcano, en 1935; *La tierra encendida*, en 1939; *Mi padre labrador*, ediciones Peuser en 1945 y reedición Losada en 1966; *San Juan, la voz de la tierra y del hombre*, en 1952; *Rama Nueva*, en 1953; *El mundo mágico de los Andes*, en 1939; *España enigmática*, en 1964; *Los pasos de la tarde*, en 1975; *El regalo, cuentos y narraciones*, en 1976, e *Itinerario poético cuyano*, obra póstuma compaginada en 1980 por Nora Aubone, su esposa. El aliento espiritual de Antonio de la Torre en *Caminos de Tulún*, evocando las sierras de Zonda, Tontal y Guayaguás, cumbres de Aconcagua y Villicum, cuestas de Gualilán y Talacasto, pampas de Huanacache, Camarico y Cochagual, caminos de Pachaco y Calingasta, huellas polvorientas de Valle Fértil, Astica y Puchuzum, llegará siempre muy hondo al alma sanjuanina:

¡Oh nombres para el viento y para el canto,
a la sombra del tiempo y del sol indio!
¿Habéis alguna vez, en otra tierra,
nombres tan dulces, por ventura, oído?

¡Caminos de esta tierra y de mi vida,
y de mi corazón que va contigo;
caminos de mi tierra, que es mi canto,
mi justificación y mi destino!¹⁵

La precedente nómina de libros y folletos sobre San Juan, desde mediados del siglo XVII hasta la fecha, de cuya existencia dan fe los archivos y bibliotecas públicas y privadas, muchos de ellos ubicables

¹⁴ LUIS J. BATES, morisqueta *¡Me quedaré en San Juan!*, transcripta por el autor en *Retablo sanjuanino*, parte II, *La ciudad*.

¹⁵ ANTONIO DE LA TORRE, *Caminos de Tulún*, poesía transcripta por el autor en *Retablo sanjuanino*, parte IV, *La Patria chica*.

sólo en lejanos repositorios extranjeros, con sólo enunciarlos recobran por un momento su vida. Son flores de nuestra cultura, que reviven con la luz y el cambio de agua. Y a la reseña propuesta se deben agregar los libros cuyos autores permanecen en la brecha, que viven y constituyen legión.

Para no dilatar demasiado este estudio no se los individualizará. Son nombres muy conocidos, ordenados en el alfabeto desde la primera hasta la última letra, que desfilan uno a uno con sus méritos propios por la mente de todos; son libros y labor de ensayistas, juristas, historiadores, poetas, filólogos, etnólogos y paleontólogos, científicos, economistas, cuentistas, simples narradores, jóvenes y mayores, hombres y mujeres, algunos ya consagrados. Sobre ellos pesa la herencia indeclinable de bregar para que el libro, que hace a la ilustración y formación espiritual del pueblo, no sea el polvo posado sobre una cabeza ligera, sino que resulte el factor transformador de nuestra cultura.